

DOMINGO DE RAMOS

ORACIÓN INICIAL

Señor mío, Jesucristo,
creo firmemente que estás aquí
en estos pocos minutos de oración
que empiezo ahora quiero pedirte y agradecerte.

PEDIRTE la gracia de darme más cuenta
de que Tú vives, me escuchas y me amas;
tanto, que has querido morir libremente por mí en la Cruz
y renovar cada día en la Misa ese sacrificio.

Pedirte, Señor, la gracia de que durante esta Cuaresma me
convierta al amor.

Y AGRADECERTE con obras lo mucho que me amas:

¡Tuyo soy, para Ti nací, que quieres Señor de mí!

TEXTO PARA MEDITAR Y ACTUAR

(de José Pedro Manglano, sacerdote)

UNA ORACIÓN INÚTIL

Una de las costumbres que la gran familia cristiana enseña a sus hijos es la de rezar el Gloria: “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén”. Puede llamar la atención que la Iglesia ponga tanto interés en una

oración tan “inútil”. Parece poco práctica para arreglar nuestros males, lejana y distante a cualquiera de nuestras preocupaciones. Sin embargo, en esta breve oración hacemos algo grande y serio: reconocemos a Dios su grandeza, deseamos que su gloria sea reconocida hoy y siempre como Él merece. En esa sencilla oración unimos nuestra voz al canto de los ancianos del Apocalipsis, participamos en el coro de todos los que habitan en la ciudad de Dios.

Cuando escuchamos “Para qué ir a misa, si no sirve para nada”, estamos escuchando el gemido de un alma – quizá de una sociedad – enferma, que ha abandonado su primera gran verdad: Dios es Dios, el hombre es criatura. La misa no me sirve para el éxito y la comodidad, pero sí me sirve para vivir sin perder mi lugar, para mantenerme en las coordenadas de mi verdad. La misa es, entre otras cosas, el más grandioso acto de adoración de este cuerpo viviente de Cristo que es la Iglesia: adoración al Padre, con el Hijo en el Espíritu Santo.

Es preciso que nos ejercitemos en la adoración. Es bueno que adoremos con la boca y con el cuerpo. Decía Teresa de Calcuta que la postura adecuada del hombre ante Dios es arrodillado. Arrodillarse es importante porque el cuerpo habla, o mejor, toda la persona se expresa corporalmente, Arrodillándonos reconocemos nuestra

pequeñez y la grandeza de Dios. Tiene sentido esa costumbre cristiana de arrodillarse al entrar en una iglesia: después nos santiguamos, pero primero de rodillas, diciendo con el cuerpo que nuestro Dios es digno y merece nuestra adoración. Es justo que sea así. “La postura de arrodillarse no debe de desaparecer de la Iglesia. Es la representación corporal más conmovedora de la piedad cristiana, en la que por una parte miramos alzando la vista hacia Él y, por otra, permanecemos inclinados”.

La adoración también exige permanecer quietos, dejar las preocupaciones y tribulaciones fuera, estar sólo para Dios.

Dios es Dios, y el hombre es hombre. Adorar en esta tierra es importante. Decirle estas verdades expresamente siempre debe ocupar un lugar en nuestra oración. Así nos lo enseña María: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador” (Lc 1,46).

Adorar nos hace permanecer instalados en la verdad, y a mantener a Dios en “on”. Jesús nos enseñó a dirigirnos al Padre y a manifestarle enseguida desde el principio, este gran deseo: “Santificado sea tu nombre”; que reconozcamos la santidad de tu nombre, que tu persona entera la tratemos santamente porque es santa, que abramos nuestros ojos a tu bondad y grandeza divinas y postrados te adoremos porque eres tres veces Santo.

El pueblo de Israel rezaba con frecuencia salmos de adoración, como el 23, 8, 24, 103, 136, 148, y el 100, que comienza así:

¡Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores.
Sabed que el Señor es Dios:
que Él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño.
¡Entrad por su puertas con acción de gracias,
por sus atrios, con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre!:
“El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades”.

*Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo; como era
en un principio, ahora y siempre, y por los siglos de los
siglos. Amén.*

Continúa hablándole a Dios con tus palabras.

ORACIÓN FINAL

No me mueve, mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en la Cruz y escarnecido.
Muéveme ver tu cuerpo tan herido
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, de tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.